

Grunberg, Carlos M.
Las cámaras del rey

Carlos M. Grünberg

Las Cámaras del Rey

Buenos Aires - MCMXXII



A Atilio García y Mellid, afectuosamente, en recuerdo de nuestra ya antigua amistad y de mis primeros versos, que por su consejo escribí. C. Grünberg

Bs. As., agosto 25 de 1922.

LAS CÁMARAS DEL REY

EN PREPARACIÓN:

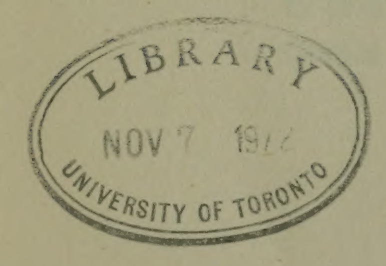
El libro del tiempo (Versos).

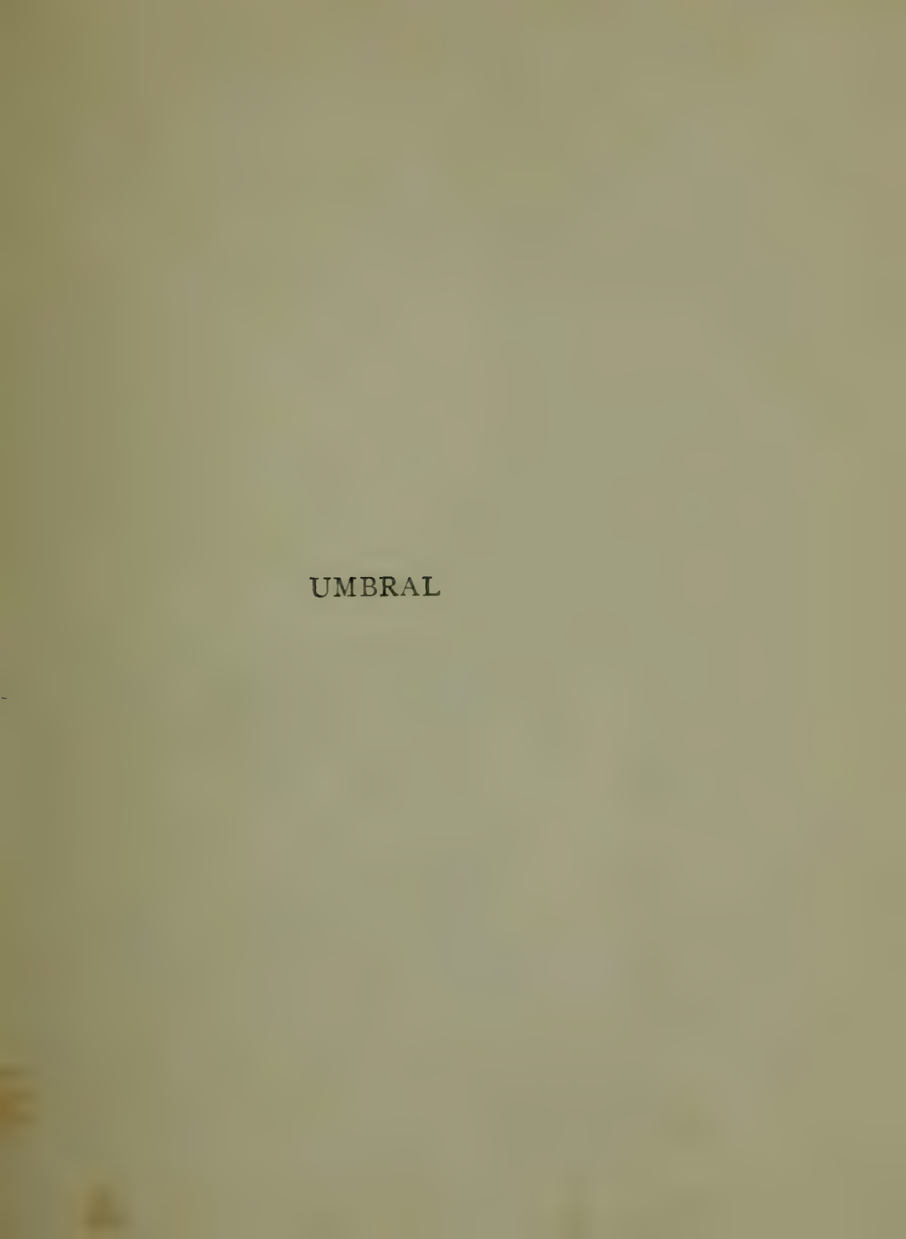
Débora (Novela).

Carlos M. Grünberg

Las Cámaras del Rey

Buenos Aires - MCMXXII


LIBRARY
NOV 7 19
UNIVERSITY OF TORONTO



UMBRAL

Lector, yo soy un hombre pobre
Lleno de orgullo en su pobreza:
Ya ves que tengo la largueza
De darte un cobre;

Cobre que es toda mi fortuna;
Mas por pesarme en el bolsillo,
Lo hago caer sobre tu altillo
Desde la luna;

Luna en que yo me hallaba sobre
Tu tragaluz, para que cuando
Lo abrieses, te alcanzara en blando
Rodar, mi cobre;

Cobre que de tan vario modo
Puedes gastar, que él ha de darte,
De cuanto anhelas, una parte,
Nada o todo.

Quizá con él compres alguno
De esos castillos en el aire
De que hablan muchos con donaire
Inoportuno;

Y allí, si es noble tu ilusión,
Encuentres, mientras no se rompa,
Toda la dicha en una pompa
De jabón.

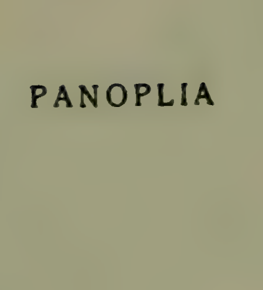
Quizá, burlando la evidencia,
Dirás, con frase irreverente,
Que doy mi cobre solamente
Por mi demencia;

O bien, a otro que tenga mi óbolo,
Con mucho melindre y fineza,
Que si lo doy con tal largueza,
Es porque róbolo.

Dádiva un poco extraordinaria
Esta, si, como lo aseguro,
Al sólo hacerla conjeturo
Cosa tan varia!

Ya está en tus manos mi tesoro;
Lector, ahora a ti te queda
Fijarte bien si mi moneda
Es cobre u oro.

PANOPLIA



ROMANTICA

Ya no te acosarán tus pretendientes,
Estrictos y correctos como un guante,
Y cesarán tus lágrimas ardientes
Y yo seré tu príncipe galante.

Te dormiré con ojos de serpientes,
Desnudaré tu cuerpo alucinante,
Y morderé tus dientes con mis dientes
Como un diamante muerde otro diamante.

Serás feliz un año y nueve días,
En mi palacio de melancolías.
Al desgarrar tu corazón minúsculo,

Descubriré que no me amaste nunca;
Y te reprocharé mi vida trunca
En la dedicatoria de un opúsculo.

LA OJEROSA

En esta noche azul, en que la luna
Suscita delicadas emociones,
Acudo a tus ojeras, que son una
Confidencial penumbra en los salones.

Tus ojos, frente a las escrupulosas
Pompas de vanidad que te revisten,
Miran desde muy lejos y ven cosas
Invisibles o cosas que no existen.

Y cuando te conmueven los pianos
Y tu mirada hipnótica se abisma,
Diríase que piensas en lejanos
Misterios; pero piensas en ti misma.

Oh las noches que tu índice especioso,
Anticipando el ignorado amplexo,
Turba, como un insecto peligroso,
El capullo astringente de tu sexo;

Y tu jugosa carne de doncella,
Que estará pronto mustia y dolorosa,
Cual si los nervios, arraigando en ella,
Te sorbieran la sangre generosa!

Triste de ti que anhelas ser amada
Y que, por incapaz de rebeliones,
Como a un carro triunfal te ves atada
A los prejuicios y a las convenciones.

Y sin embargo, es tiempo todavía;
No eludirás mi erótica asechanza;
Vendrás; yo daré fin a la agonía
De tus ojos enfermos de esperanza.

Porque yo soy quien ve bajo la seda
Y ve claro en tu espíritu inconexo;
Y te imagino así: como una rueda
Cuyo eje es tu sexo!

DIVAGACION

Yo era el Emperador y tú la bella
Esposa de un soldado del Imperio;
Yo era el Emperador y tú la bella.

El encanto de un fácil adulterio
No podía colmar a un Buonaparte
El encanto de un fácil adulterio.

Poner en toda acción un poco de arte
No está de más para aumentar la gloria
Poner en toda acción un poco de arte.

Y recorrí los fastos de la historia,
Buscando un hecho adúltero e inhumano;
Y recorrí los fastos de la historia,

Y me acordé del faraón tebano
Que al patriarca Abrahán quitó la esposa;
Y me acordé del faraón tebano.

Y proseguí la jira caprichosa,
En alas de mi artístico deseo;
Y proseguí la jira caprichosa,

Y me acordé de Urías, el heteo,
A quien hizo David que pereciera;
Y me acordé de Urías, el heteo.

Y en seguida, de César, el que fuera
El marido de todas las mujeres;
Y en seguida, de César, el que fuera

El más libidinoso de los seres
Y la mujer de todos los maridos
El más libidinoso de los seres.

Y después, de otros muchos corrompidos;
De Nerón, y Calígula, y Tiberio;
Y después, de otros muchos corrompidos.

Y me reí del fácil adulterio;
Y me burlé de más de un desdichado;
Y me reí del fácil adulterio

De la historia; y llegué hasta aquel soldado,
El que formaba parte de la guardia
Del palacio; y llegué hasta aquel soldado.

Y resolví ponerme a la vanguardia
De la caterva adúltera, tan boba;
Y resolví ponerme a la vanguardia.

Y le confié la guardia de mi alcoba.
Mientras yo te estrujaba entre mis brazos,
El hacía la guardia de mi alcoba.

Mientras yo te estrujaba entre mis brazos!

COQUETA

En la tertulia, donde aterciopelas
El dubitable encanto que prometes,
Brillan las joyas de las damiselas
Y las cabezas de los mozalbetes.

Te forman, tiempo há, los más galantes,
Rueda cortés que nunca se desbanda,
Como nutrida copia de incesantes
Moscas alrededor de una vianda.

Y tú no sabes, por inadvertida,
Que en el roce que entraña esa presencia,
Va quedando, sin lástima, adherida,
Como un polvillo de oro, tu inocencia.

Ni, todavía más, que por los dejos
De semejante roce, te desdora
Una insípida turba que bien lejos
De sospecha, en mis planes colabora.

Tu corazón, que en repetida escena
Das al flirt, me sugiere (oh, casi nada!)
La taza de la fuente, siempre llena
De un agua siempre siempre renovada.

Pero de las sonrisas que prodigas,
Las que son para mí se hacen más bellas,
Como el viento que dobla las espigas
Pone más ímpetu en algunas de ellas.

Por eso sé que una atracción remota
Une a los dos, y que, si la aprovecho,
Ha de serte fatal, como una gota
Constante sobre el mármol de tu pecho.

A veces, no lo olvido, me rehuyes,
E interponiendo salvador obstáculo,
En tu aleve pureza te recluyes
Como pálida flor en su invernáculo.

Pero terminarás por doblegarte
A la perfidia de mi amor certero.
Desplegaré maravilloso arte,
Arte maravillosamente artero.

Así tendré la sideral fortuna
De conquistar, por mi amorosa fragua,
Tu sexo, luminosa media luna
Que descuella en el cielo de tu enagua.

Y, símbolo de glorias adquiridas,
Te dejaré las huellas de mis besos,
En estigmas perpetuos a ti unidas,
Como nudos del árbol de tus huesos!

ARISTOCRATICA

El ocaso, en los parques señoriales,
Arrastra sus postreros esplendores,
Como hebras de sus mantos imperiales
Presas en las espinas de las flores.

Mi imposible tristeza me acongoja
Todavía, al bajar a estos jardines
Donde la brisa musical deshoja
Como una flor, un vals de violines.

Y pienso en ti; y evoco tu hermosura
Terrible y ágil de leona tierna,
Por la que este amor falto de ternura
Brama en mi corazón, agria caverna.

Tus ojos miran hacia las estrellas;
Y, símbolo de lúbricos antojos,
Tus ojeras diríanse las huellas
De un ósculo febril sobre tus ojos.

Tu carne irradia fuego en mis heridas;
En tu garganta hay cálidas ternuras;
En tu rostro jovial dejó prendidas
El cisne, suavidades y blancuras.

Y el peinado cabello sobre la alta
Frente, atesora una caricia exigua
De voluptuosidad, en la que falta
La honda tibieza de mi mano ambigua.

A tu lado, las cosas se agigantan
En una exaltación de sus instintos;
Y las alfombras, a tus pies, levantan
El lomo vil, para volverse plintos.

En el bullente almíbar de mi frase,
Tu dúctil condición se acaramela;
Y me embelesas hasta que renace
El pesimismo que me desconsuela.

El galán fatuo, que arde en sus lisonjas
Como arden los aromas en la llama,
Concluye del placer con que te esponjas
Que tu moderna personita lo ama.

Pero no obstante, la feral pajuela
Del odio irrita sus ojillos muertos,
Cuando me alejo y tu mirada cela
Mis pasos, alevosamente inciertos.

Llevas, bajo la frente, aquella estulta
Malicia con que todo lo enmarañas,
Tal como la hembra del pavón, que oculta
Bajo la cola, infames alimañas.

Yo lo sé bien; y así, cuando en alguna
Cortesía perversa me complico,
Palideces, a un tiempo con la luna,
Sobre el frágil país de tu abanico.

Tu gema pectoral arde más viva;
Después, como una lágrima, se aquieta;
Y mi sabio silencio te cautiva
Más que las bellas frases del poeta.

No de otro modo, a mi pesar, me asombra
Tu fácil emoción, porque evidencio
El tremendo sentido que en la sombra
Ausente, adquirirá nuestro silencio.

Así, con negra insidia, en lo futuro,
Cortejaré tan sólo a tus amigas:
Acaso logre someterte al duro
Suplicio de mis hábiles intrigas.

Hasta que en una noche como ésta,
Huyendo del bullicio de la amable
Fiesta, vengas a mí, y hagas la fiesta
De mi perverso corazón culpable;

Mi corazón culpable, en cuya culpa
Remuerde tu eficacia pecadora,
Como un insecto bárbaro en la pulpa
Recóndita del fruto que devora!

Verás, cuando mi instinto, de tan bravo,
Te imponga su caricia como un yugo,
Que si tu seducción me hace tu esclavo,
En mi esclavitud tienes tu verdugo.

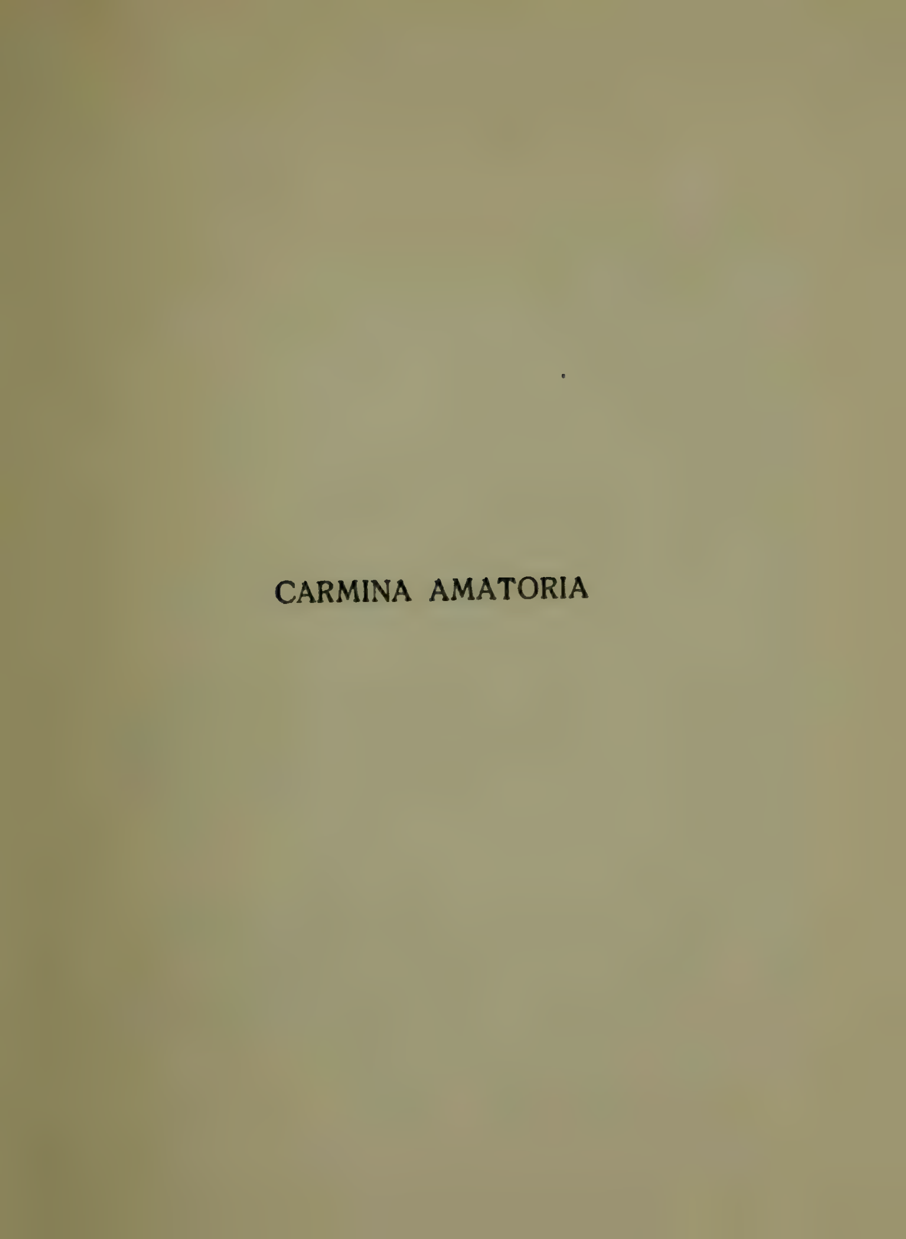
La noche, que de sombras te corona,
Tendrá, para tus necias artimañas,
Esa virtud del tiempo, que amontona
Polvo sobre las viejas telarañas.

Y yo pondré mis besos angustiados
En tus sumisos pechos delictuosos,
Como alfileres íncubos clavados
En tibios acericos temblorosos.

Y correrán mis manos implacables
Por tu blancura pálida y extraña,
Tal como dos aludes formidables
Que bajan a la par de una montaña.

Y cuando mi deleite haya acabado,
Como una hebra de miel que se desfloca,
Quedaré para siempre envenenado
Por el lascivo beso de tu boca.

Entonces, en el colmo de mi fría
Crueldad, urdiré el último agasajo:
Y tenderán su lástima tardía
Mis ojos sobre ti como un andrajo!



CARMINA AMATORIA

AMOR NIÑO

Precoz en el amor y pesimista
Cuando prometo amarte en lo futuro:
Así te muestras, en tu instinto obscuro,
Para rendir mi corazón artista.

Dulce es tu pesimismo y no contrista
—Antes torna mi amor más noble y puro—,
Y tu precocidad es un seguro
Signo de que tu alma es idealista.

Yo también soy precoz en mi cariño
Y pesimista; y pues se vuelve niño
El hombre al fin de sus mejores años,

Nosotros, cuando viejos, volveremos
A la precocidad, y a ella uniremos
El pesimismo de los desengaños.

1917.

FATALIDAD

Oh el día en que yo sienta que mi amor ya no existe,
Como si el corazón se me hubiera perdido!
Callaré, y mantendré, para no verte triste,
Entre sombras y lágrimas mi secreto escondido.

El mismo corazón que, por blandos azares,
Sube hoy hasta mi boca y habla como una lengua,
No te habrá dicho entonces, para mengua
De mis orgullos, más que palabras vulgares.

Y en vano evocaré lo que evoca tu nombre,
Para que mi amor viejo reviva entre los dos,
Porque el cerebro tiene la lógica del hombre
Y el corazón la lógica de Dios.

Y así, yo quiero ahora morir sobre tu lecho,
Y sentir, en un fácil desvarío,
Caerse mi cabeza de tu pecho
Como un mundo que rueda en el vacío.

EL REGRESO

Amiga mía, desilusionado
Del mundo y de mí mismo, cómo quiero
Devolverme a tu amor, a lo pasado,
Al solo bien que tuve en mi sendero!

Fuí yo quien olvidó, quien en la hora
Del olvido fue cruel, oh amiga mía;
Pero, acaso no sueñas, como otrora?
Acaso no me quieres, todavía?

Vén; verás cómo nada se ha perdido,
Cómo no hay que entregarse al desconsuelo,
Cómo volvemos a entibiar el nido
Bajo la abierta inmensidad del cielo.

Olvidarás, que a eso te destina
Tu alma generosa, mis agravios,
Y llegarás a mí con la divina
Palabra de perdón entre los labios.

Retornarán tus muertas alegrías,
Retornarán mis dedos a tu frente,
Todo retornará! los viejos días
Retornarán definitivamente!

Te elevaré, soberbia, sobre todas
Todas las cosas en mis rimas bellas,
Y regimentaré para tus bodas
En séquito nupcial a las estrellas.

Basta, no llores más, que ya tu amigo
Te quiere para siempre; recupera
La perdida esperanza, y vén conmigo.
Vivirás una eterna primavera!

EL IMPOSIBLE AMOR

Yo siempre te hablaré con encendido
Afán, de los poetas y los sabios,
Mas la palabra de mi prohibido
Amor, vivirá muda entre mis labios.

Jamás la escucharás, y para mengua
De la bondad que en ella se adivina,
Se clavará en la carne de mi lengua,
Me mortificará como una espina.

A veces, sentiré una pasajera
Vacilación, me acercaré a tu oído,
Y palideceré de una manera
Extraña, y quedaré sobrecogido.

Y tú tendrás desesperados gestos,
Y tú me mirarás con tu mirada,
Y nos asaltarán miedos funestos
Y no podremos expresarnos nada.

Tomaremos por cauces diferentes,
Desplegando heroísmos sobrehumanos;
Pero después, con los agudos dientes,
Nos morderemos, trágicos, las manos.

Nos volveremos torpes y malignos,
Repudiaremos a las cosas bellas,
Y nos parecerá ver crueles signos
De muerte y de dolor en las estrellas.

Entonces tú te encontrarás vencida,
Mi ambición se hallará desmoronada,
Y nos arrastraremos por la vida
Para después hundirnos en la nada!



LAS LUNAS DE SATURNO

LAS CAMARAS DEL REY

I

OCASO MARINO

Remueve el mar, con reposado ruído,
Linfas grises y azules, cual si fuera,
En su enorme extensión, vasta caldera
Llena de hirviente plomo derretido.

Y sus olas, con lánguida molicie,
Alzan las crestas, y úno piensa en seres
Ocultos que, con sendos alfileres,
Dieran puntadas en la superficie.

Mientras en los confines de la rada,
Desciende el sol, que finge, en el desdoro
De su aureola de luz, el botón de oro
De una gran margarita deshojada.

II

OCASO CAMPESINO

Ya hundióse el ígneo sol, flagrante;
Mas desde su cósmica hondura,
Aún embandera, triunfante,
El edificio de la altura.

Y así está, en prolongado anhelo,
A pesar de que el día cierra,
Bañando las tierras del cielo
Desde otro cielo de la Tierra.

Sopla, con leves sacudidas,
El viento, en golpes indecisos;
Tiemblan, a ratos conmovidas,
Las hojas de los paraísos.

Y apágase el cielo, y parece,
A la última luz del tramonte,
Que la pradera se adormece
En los brazos del horizonte.

III

OCASO EN LA CIUDAD

Con lentitud de miel, en el lindero
De la calle, declina el sol poniente,
Como si descendiera largamente
Por la garganta de un desfiladero.

Y el tranvía que viene, en la oportuna
Hora, hacia mí, del fondo del paisaje,
Finge raro vehículo en viaje
Desde el país del sol al de la luna.

IV

OCASO EN LA ESTANCIA

Como la tarde presta sus fulgores
A la lectura en que harmonioso vibro,
De una en una las horas de colores
Iluminan las páginas del libro.

La hora sombría, imperceptiblemente,
Invade ya la habitación desierta.
Con igual lentitud, cubren mi frente
Hondas arrugas, sin que yo lo advierta.

Hasta que al fin desharmonioso vibro,
Y en la renuncia de mi afán, diría
Que por sobre las páginas del libro
Ha cerrado sus párpados el día.

V

NOCHE MARINA

Como chispas azules desprendidas
Hacia lo alto en medio de la noche,
Arde un millón de estrellas encendidas
En claros puntos con fugaz derroche.

Mientras abajo el mar líquido estruendo
Con el empuje de sus olas fragua,
Como si lo estuvieran percutiendo
Innumerables cántaros de agua.

VI

NOCHE CAMPESINA

Suspenso en actitud semidormida,
Sólo un molino se alza en la pradera,
Como una torre sobre la que hubiera
Descendido una estrella en su caída.

Y bajo el astro de color de plata,
Es tersa leche el agua en la laguna,
Y su ondulante superficie es una
Móvil urdimbre de rugosa nata.

VII

NOCHE EN LA CIUDAD

Con su triste mirada siempre despierta,
Los focos, alineados y separados,
Iluminan la calle casi desierta
Como siniestros ojos desorbitados.

Y las sombras nocturnas, sombras perplejas
En el adusto ceño de sus enojos,
Culminan sobre aquellos siniestros ojos
Como torvas, tupidas, obscuras cejas.

VIII

NOCHE EN LA ESTANCIA

Allá sobre los techos que frente a frente
Con mi balcón, le ofrecen nocturna escena,
Solevanta su disco resplandeciente,
Como un botón de nácar, la luna llena.

Y su luz, como un largo lápiz, dibuja,
A medida que sube, redonda y bella,
Sobre la superficie de una botella,
Un ilusorio lienzo que la arrebuja.

IX

ALBA MARINA

Ya el cielo, a quien, del este al oeste,
Surcó la primer claridad,
Semeja una tela celeste
Descolorida por la edad.

El mar, que estaba obscuro, en esto,
Se abre y aclara como un tul,
Y úno no sabe si se ha puesto
Verde o azul, verde o azul.

Y el día apresura sus fraguas,
Y la creciente luz del sol
Culebrea sobre las aguas
En esquiveces de alcohol.

Y la luz sigue acribillando
El cielo, como un arcabuz,
Y el mar se muestra tibio y blando,
Y el mar está lleno de luz.

Y las luces del mar persisten
Cada vez más en fulgurar,
Y se diría que coexisten
El mar y un incendio en el mar.

X

ALBA CAMPESINA

Como si fuera el cielo una campana
Que elevara su borde en el oriente,
Una diluída claridad lejana
Se ha insinuado por él furtivamente.

Calla el espacio con callar sonoro,
Algo espeluzna a los obscuros campos,
Y lentamente, los primeros lampos
Se alzan sobre ellos como estambres de oro.

Entrecierra su broche azul estrella,
Forja ancha nube coniforme grumo,
Y parece, de pronto, que por ella
Huye la noche en espiral de humo.

Y ya, por fin, con místico sosiego,
Por sobre el horizonte, clara faja
De luz, extiende su color de paja
A la invasión de otro color de fuego.



RAMILLETE

YO

Tú me reconstruirás. Mira mis flojos
Huesos, como pedúnculos florales,
Y mis blancos tendones y mis rojos
Músculos, como pétalos carnales.

Y en su harmoniosa confusión, la extraña
Máquina de mis nervios halagüeños,
Oculta en mi jardín como una araña
Que tejiera las telas de mis sueños.

PORQUE

Me preguntó el amigo de los ojos risueños
El porqué de mis cantos, el porqué de mis sueños.

Entonces inspiróme la altura donde erige
El viento sus caprichos de nubes y le dije:

—Sueño porque, siguiendo caminos invisibles,
El pensamiento mío se me va en imposibles,

De la misma manera que, a medida que sube,
El agua de la Tierra se va trocando en nube;

Canto porque mis sueños han llegado a ser tantos,
Que se convierten casi sin yo quererlo en cantos,

De la misma manera que, cuando está impregnada,
Se precipita en lluvia la nube condensada.

PALABRAS

Hay mutilados de la poesía
Que conciertan los números dispersos;
Con el concurso de la geometría,
Quieren hacer poesía y hacen versos.

Víctimas son de su infantil simpleza,
Pues estos delicados organismos
Sólo por la emoción y la belleza
Nos sobreviven a nosotros mismos.

Yo que me elevo a cúspide más noble,
Yo que me impongo más difícil norma,
Impregnaré mis versos en el doble
Misterio de la vida y de la forma.

Me daré sentimientos y pasiones,
Y con desprecio de la vana mofa,
Musicalizaré mis emociones
Dentro del pentagrama de la estrofa.

Desplegaré feliz magnificencia,
Intensificaré hasta lo inefable
Mi sensibilidad, mi inteligencia;
Potenciaré mi sér innumerable.

Así yo mismo encontraré la pauta,
Y mis canciones, que el dolor inspira,
Diré en los agujeros de la flauta
De cañas y en las cuerdas de la lira.

Y cuando cante así, vendrán las gentes,
Y, presas de mi labio o de mi dedo,
Escucharán, en círculo, fervientes,
Como en los tiempos del antiguo aedo!

TRISTEZA

No clamo aquí, con infeliz querella,
Por causa de mi vida malherida,
Que, a la verdad, mi vida es harto bella
Siendo, como es, inteligencia y vida.

Yo conocí el dolor desde temprano,
Y supe, en la hora de la dicha estulta,
Que el miedo del placer se da la mano
Con el dolor que del dolor resulta.

Mas lo que hirió mi corazón artista
Con inflexible precisión violenta,
Fue la maldad del hombre, la imprevista
Maldad que el hombre por el hombre alienta.

Así murió mi lírico optimismo,
Mi espontánea alegría de poeta,
Y en su lugar, me dio, contra mí mismo,
La seriedad su estúpida careta.

Después, sabiendo el ansia venenosa
Con que me morderían los perversos,
Utilicé, constante, a mi preciosa
Voluntad como rienda de mis versos.

Por su culpa, evité las expresiones
Ingenuas y sencillas como trinos:
Los balbuceos de las ilusiones,
Los enternecimientos repentinos.

Sean, por eso, anatematizadas
Sus almas, y con bélicos rechazos,
Caigan sobre ellos mis acompasadas
Rimas, como terribles martillazos!

LA PESADILLA

Era una tierra lisa como un mapa,
Cuyo inmóvil ambiente había muerto.
Yo estaba solo bajo aquella tapa
De plomo, en aquel lúgubre desierto.

Sufría mucho, y mi dolor crecía
Como un árbol dorado y refulgente
Alrededor del cual se retorcía
Todo mi cuerpo como una serpiente.

Y comencé a crecer, y vi, suspenso,
Que mi sombra salía del planeta
Y, prolongada sobre el cielo inmenso,
Parecía la cola de un cometa.

Y creció enormemente mi cabeza,
Y mis cabellos, que a la par crecieron,
Pujaron hacia el sol, como una gruesa
Tarántula, y subieron, y subieron;

Y lo alcanzaron, y enredaron, y entre
Todos, ensombrecieron sus destellos;
Y el sol se revolvía como el vientre
De un pulpo, entre mis ágiles cabellos!

Entonces tuve miedo ante mí mismo
Y miedo de volver sobre mis rastros,
Y di un grito de guerra en el abismo
Y me precipité sobre los astros.

LA FUENTE

Es la pequeña fuente de un pequeño
Jardín, en cuya hondura misteriosa,
Suele abismarse, lánguido, mi ensueño,
Como desnuda virgen temblorosa.

Sencillo surtidor la hace más bella,
Y entre una vaga atmósfera de olores,
Sus grandes hojas y sus grandes flores
Abren varios nenúfares en ella.

Se atrista ya, con suavidad ignota,
La Tierra, como un mínimo corpúsculo,
En este instante en que sobre ella flota
El azul estridente del crepúsculo;

Y como, en esto, en su marmórea taza,
El surtidor, efímero, se azora,
Me parece escuchar que el cielo llora
En el jardín obscuro de la casa.

Entonces, arredradas por la umbría,
Las flores, con pausado movimiento,
Se empiezan a inclinar bajo la fría
Superficie del líquido elemento;

Mientras caen, con vértigo inaudito,
Estrellas de oro en el azul flagrante,
Como desnudas gotas que en brillante
Rocío, derramara el infinito.

Seguidamente, en mágica fortuna,
Su fiel reflejo, que en la fuente incide,
Tiembla, convulso; al propio tiempo que una
De ellas con un nenúfar coincide.

Ante este cuadro, que ningún problema
A otro espíritu, acaso, ofrecería,
Mi alma, en ferviente rapto de poesía,
Se sumerge en ilógico dilema.

Porque, en verdad, no sabe, temerosa,
Si, en el destino de la flor aquella,
Lo que la hunde es el agua que rebosa
De ella, o el peso de la fiel estrella.

Tal como yo, que en singular empeño
Me voy muriendo así, sin que decida
Si es que me aplasta el agua de la vida
O la estrella remota del ensueño!

NIRVANA

Desde el sofá de mi apacible estancia,
El humo azul que exhalo, satisfecho,
Sube, como una mística fragancia,
A los pintados ángeles del techo.

El rumor de las calles, atenuado,
—Que preciosa distancia lo amortigua,—
Llega como una voz de lo pasado
Que suscitara una emoción antigua.

La hora inefable, con sutil influjo,
Me remonta a mi patria verdadera,
Y en la quietud de un ángulo, dibujo
Una mujer de ensueño y de quimera.

Inmóvil, de perfil, inclina el cuello
Cual si atisbara una interior hondura,
Y por sobre los hombros, el cabello
Se le derrama en onda de frescura.

Así suspensa de su etérea psique,
Sobre el pecho gentil la mano ahueca,
Y se le ve la curva del meñique
Prolongarse y morir en la muñeca.

Baja su pie a la alfombra, mas con tanto
Candor, que no se observa si la toca,
Y todavía, para más encanto,
Surge el silencio como de su boca.

En la inerte postura en que se muestra,
Con lentitud pausada la contemplo,
Y su inmovilidad de obra maestra
Le infunde algo de estatua, algo de templo.

Después, tal como un astro que describe
Desde la eternidad su órbita añeja,
Mi inconsciente mirada circunscribe
Sin cesar, el contorno de su oreja.

Y ese imantado círculo persiste,
Y absorbe mi atención de tal manera,
Que cuando vuelvo en mí, sólo él subsiste
De la mujer de ensueño y de quimera.

Todo a mi alrededor parece muerto
En una soledad desamparada,
Y otra vez, en mis éxtasis, advierto
Que la felicidad está en la nada.

EL CANTO DE LAS CALLES

Canto, con desigual
Relieve en los detalles,
El canto de las calles
De mi ciudad natal.

De la ciudad de daños
Y ensueños que yo sé,
De la ciudad donde he
Vivido mis veinte años.

Canto calles rientes
Y calles dolorosas,
Donde se ven mil cosas,
Mil cosas diferentes.

Donde alzan su maraña
Los cables intranquilos,
Que son como los hilos
De una tela de araña;

Tela en cuyas constantes
Maquinaciones foscas,
Suelen caer, cual moscas,
Los pobres caminantes.

Donde, con turbio anhelo,
Las rectas balaustradas
Que hay sobre las fachadas
Geometrizan el cielo.

Donde, en afín desgaire,
Los focos de tranquilas
Luces, parecen filas
De lunas en el aire.

Donde, con eficacias
Umbrosas y ligeras,
Se alargan dos hileras
De plátanos o acacias.

Donde abren los buzones
Sus bocas desdentadas,
Que están como extasiadas
En hondas digestiones.

——

Calles donde, en obscuras
Olas, úno ve gentes
De las más diferentes
Y extrañas cataduras.

Las damas que son momias
Saneadas por el pomo,
Y que desfilan como
Semovientes tricromias.

Y la fresca muchacha
Que del taller retorna
Con la pintada sorna
De su faz vivaracha.

Y la grácil doncella,
De rostro delicado,
Que deja un atenuado
Perfume detrás de ella.

Y el joven que delata,
Con ostensibles modos,
El afán por que todos
Admiren su corbata.

Y los estrafalarios
Y buenos canillitas,
Que en formidables gritas
Pregonan los diarios.

Y el sencillo cartero,
Que apresurado pasa
Y que de casa en casa
Cumple su derrotero;

Y cuya diligente
Misión sólo entendimos
El día en que tuvimos
A nuestra novia ausente.

Y los mansos aurigas,
De sumisos modales,
Que aman, por serviciales,
Las parejas amigas.

Y el militar agente,
Que, apostado en la esquina,
El tráfico domina
Inteligentemente;

Y que adopta, con vana
Pulcritud, su manera,
Como si dirigiera
La orquesta ciudadana.

Calles en cuyas dobles
Series de frontispicios,
Se yerguen edificios
Miserables y nobles.

Palacios en que, ahito,
El ojo, que se arredra,
Ve gigantes de piedra
Sobre pies de granito.

Profundas librerías,
Donde los adyacentes
Libros, son como dientes
De las estanterías.

Florerías que advierte,
Con emoción intensa,
El soñador, que piensa
En la vida y la muerte.

Soberbias joyerías,
Donde, con tercas llamas,
Se acaloran las damas
Por unas gemas frías.

Farmacias anchurosas,
En cuyos interiores,
Flota el alma hecha olores
De substancias virtuosas.

Vidrieras de anticuario,
Donde se exhiben, prietos,
Confundidos, objetos
Del carácter más vario.

Cafés donde, en la hora
Del estival rescoldo,
Genera cada toldo
Calor de incubadora.

Abundosos mercados,
Donde, en copias lozanas,
Los cachos de bananas
Aparecen colgados.

Lecherías astrosas,
Donde, a horas señaladas,
Gentes desarrapadas
Comen horribles cosas.

Sórdidos conventillos,
Cerca de cuyo inerte
Umbral, su ocio divierte
Un corro de chiquillos.

Amo el diverso encanto
De esas calles joviales
Y tristes, por las cuales
He caminado tanto.

Y las frías y bellas
Auroras, en que el cielo,
En un largo deshielo
De luz, se vierte en ellas.

Y el atractivo sumo
De las calles que puebla
De vez en vez la niebla
Como un pesado humo.

Y las lluvias que, a modo
De alfileres pulidos,
Caen, con densos ruídos,
Acribillando todo.

Y el diurno desvelo
De la luna, que sella,
Cual la rápida huella
De un dedo, el claro cielo.

Y los viejos pasajes,
Como aquí son llamadas
Esas calles cortadas
Que hay en ciertos parajes.

Y las calles obscuras,
Donde no se proyecta
Más luz que la luz recta
De las casas impuras.

———

Tal es, en la pequeña
Copia de sus detalles,
El canto de las calles
De mi ciudad porteña.

De la ciudad que en daños
Y ensueños me hizo listo,
De la ciudad que ha visto
La flor de mis veinte años.

Mi corazón, empero,
Se siente vagabundo,
Y por el ancho mundo,
Me llama, tesonero.

Con ansias venturosas,
Quisiera haber huído
El imposible ruído
De las urbes grandiosas.

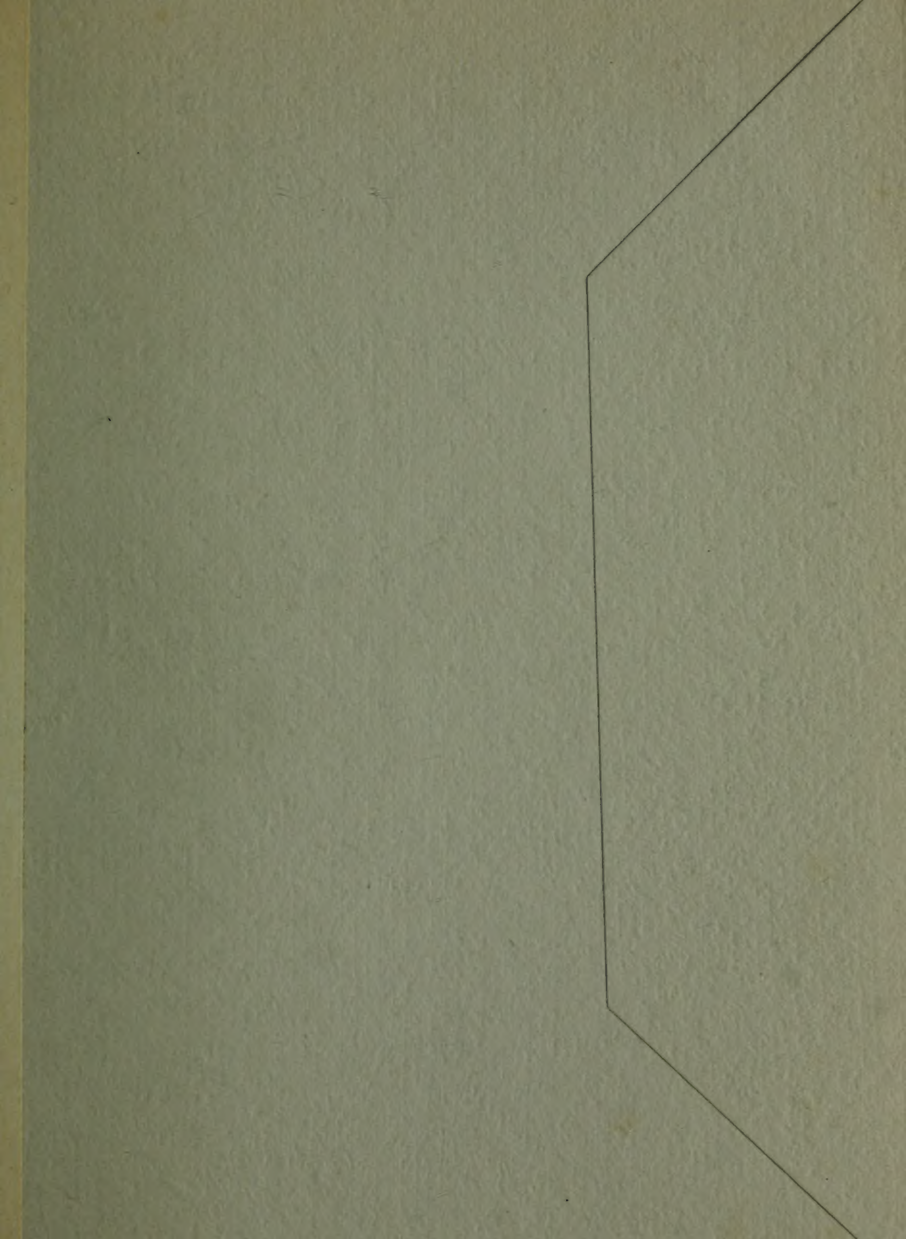
En mis andares, voy
Por la ciudad inquieta,
Y sin querer, poeta
De las ciudades soy.

Quién me diera cantar,
Como canté las calles,
El canto de los valles
O el canto de la mar!

INDICE

RAMILLETE

ESCRIBIOSE ESTE LIBRO PARA REALIZAR, POR
PARTE DEL AUTOR, UN IDEAL ARTISTICO
PREDEFINIDO. Y ACABOSE DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE JACINTO FER-
NANDEZ, Pte. LUIS SAENZ PEÑA
491, EN LOS POSTREROS
DIAS DEL MES DE AGOS-
TO DEL AÑO DE
MCMXXII



JACINTO FERNANDEZ
PTE. L. SAENZ PEÑA 491
BUENOS AIRES

1-73